

fuerzas se agotaban; pues días enteros debieron auxiliar á los mulos á tirar los carros y á salvar los pasos difíciles.

La excelente voluntad que había caracterizado siempre á mis hombres empezó á decrecer en los más débiles: de algunos se enseñoreó el reuma, y uno tuvo vómitos de sangre y murió á los tres días maldiciendo el instante en que cruzó por su mente la idea de abandonar New-York. Entonces salvábamos la parte más difícil del camino, la que avanzaba junto al riachuelo que los indios llaman «Riowa.»

Cierto que no había montañas tan altas como las del Colorado, pero en cambio la región entera, hasta donde alcanzaba la vista, estaba sembrada de pedazos de rocas enormes, lanzadas sin orden, unos sobre otros.

Rocas que derechas y firmes unas, caídas otras, semejaban ruinas de colosal cemen-terio.

Eran en realidad los «Bad Lands» del Colorado, parecidos á los que se extienden hacia el Norte, más allá de Nebraska.

Tras una semana de inauditos trabajos lo-gramos salir de camino tan penoso.



## CAPÍTULO SÉPTIMO

**L**LLEGAMOS á la falda de los Montes Roqueños. Me senti sobrecogido de extraño temor al contemplar aquellas enormes masas de granito, envueltas por la niebla, y aquellas altas cimas que coronadas por nieves eternas se pierden en las nubes.

Su imponente majestad silenciosa me hizo sentir mi extremada pequeñez; y postrándome ante el Señor omnipotente le supliqué se dignase conducir mis carros, mi gente y mi esposa á través de aquellos muros colosales.

Después de esta plegaria entré en los des-

filaderos con más confianza. Cuando tras de nosotros se hubieron cerrado las montañas, nos sentimos como separados del resto del género humano: sobre nuestras cabezas, muy alto, el firmamento, por cuya inmensidad volaban majestuosamente las águilas, y á nuestro rededor granito y siempre granito. Un laberinto de caminos, barrancos, grietas, precipicios, torrentes, edificios abandonados y grutas gigantescas de fantástico aspecto. Es tal la solemnidad de estos lugares, que el alma se siente embargada por tanta grandeza, y los hombres sintiendo su pequeñez sólo osan hablar en voz baja.

Parece que las montañas le cierran el paso y que una voz le grita: «Detente, el camino acaba aquí.» Y parécele también al aventurero que va quizás á violar un misterioso secreto, sellado por la mano de Dios.

De noche la luna extiende sobre las cimas un manto de plata, intensamente triste. A nuestro rededor se levantan sombras extrañas, y una emoción nueva se apodera hasta de los más audaces aventureros. Pasamos horas y horas junto á las hogueras, mirando con supersticioso terror la obscuridad de los barrancos donde mueren los fulgores rojizos. Nos parecía que ante nuestros ojos iba á surgir algo terrible.

Un día en un agujero de las rocas encontramos el esqueleto de un hombre. A juzgar

por los cabellos, que aun quedaban unidos al cráneo, era indio. A su vista nos asaltaron pensamientos de muerte, pues aquel esqueleto de mueca horrible parecía advertirnos que cuantos intentaban penetrar en el corazón de aquellas montañas, perecían.

Al mismo día un mestizo llamado Toin cayó de caballo, dió contra una roca y murió del golpe. Indecible tristeza se enseñoreó de la caravana. Hasta entonces habíamos avanzado alegremente, pero las penalidades y desgracias alejaban la alegría: ya los conductores no llamaban á las bestias gritando y jurando: la caravana avanzaba en triste silencio, sólo interrumpido por el monótono rechinar de las ruedas.

Con frecuencia los mulos se negaban á avanzar, y si un carro se detenía interceptaba el paso á cuantos seguían detrás. Tantas dificultades me exasperaban. Anhelaba pasar horas acompañado de mi esposa, pero debía doblar la vigilancia y ser el primero en dar ejemplo de firme valor é inquebrantable confianza.

Mis hombres soportaban las fatigas con la entereza propia de los norteamericanos. Sin embargo, era evidente que sus fuerzas se agotaban.

Mi salud era invencible. Pasaba muchas noches durmiendo sólo dos horas. Ayudaba á los conductores á guiar los carros, apos-

taba los centinelas, recorría el campamento, en una palabra, trabajaba doble que los demás. Para mí era evidente que la felicidad me daba fuerzas, pues cuando llegaba extenuado á mi carricoche encontraba lo que más he amado en el mundo: un corazón fiel, y una mano querida que secaba el sudor que bañaba mi frente.

Lillián, aunque algo delicada, jamás se iba á dormir hasta después de mi regreso, y si la reprochaba por ello, sellándome la boca con una mirada de ternura, me suplicaba que no me enojase.

Y cuando le rogaba que durmiese, lo hacía estrechando mi mano entre las suyas. Frecuentemente durante la noche cubriame de pieles de castores, y siempre solícita, siempre amable, se desvivía por mí, y era causa de que cada día fuese más intenso mi amor.

Y se me antojaba que surgiendo del corazón de aquellas murallas de granito, Lillián, tan pálida, tan débil, crecía hasta tocar el cielo. Ante ella desaparecían los montes inmensos, y la veía más alta, más grande que cuanto me rodeaba.

No es, pues, sorprendente que mientras los demás sentían decrecer su energía, yo la conservase entera. En el fondo del alma guardaba la íntima convicción de que teniendo á Lillián nada podía faltarme.

A las tres semanas de viaje vimos, al fin,

abrirse ante nosotros las montañas y correr á corta distancia el White-River. Los indios winta nos prepararon una emboscada y lograron sorprendernos; pero cuando las flechas empezaron á caer sobre el carricoche de Lillián, me lancé contra ellos al frente de los míos, con empuje tal que huyeron á la desbandada. Matamos dos ó tres é hicimos un solo prisionero; un joven de dieciséis años que, repuesto del natural terror, se esforzó en hacernos comprender, por medio de ademanes, que avanzando hacia el Oeste encontraríamos blancos, aserto al que se nos hacía difícil dar crédito.

Y sin embargo, el hecho resultó cierto: fácil de imaginar es el asombro y la alegría de mis hombres, cuando el día siguiente, descendiendo de elevada cima, vieron extenderse á nuestros piés un ancho valle. En él veíanse distintamente no sólo carros, sino también casas de troncos y ramas recién cortadas. Las casas estaban dispuestas formando círculo: al centro de éste se elevaba una torre fuerte y fácil de ser defendida, levantada al parecer para servir de refugio en caso de necesidad. Cruzaba la llanura un riachuelo, y en sus orillas pacía un rebaño de mulos, guardado por dos hombres á caballo.

La presencia en este valle de hombres de mi raza me causó gran sorpresa, que pronto

se trocó en temor, pues ocurrióseme que aquellas gentes podían ser criminales proscritos, refugiados en el desierto para escapar de la muerte. Sabía por experiencia que tales hombres son temibles, especialmente en los desiertos donde suelen formar agrupaciones organizadas militarmente.

A veces fundan poblaciones nuevas que, al principio, no tienen otra manera de vivir que robando á cuántos pasan por sus alrededores.

En las orillas del Misisipi, cuando dirigía el transporte de madera á Nueva Orleáns, tuve con estos condenados repetidos encuentros y luchas sangrientas. Su crueldad y valor me eran sobradamente conocidos.

No los temiera á no acompañarme Lillián; pero al pensar los peligros y penalidades sin cuento que afligirían á mi esposa si teníamos la desgracia de ser vencidos, me sentí preso de profunda inquietud. Y por primera vez en mi accidentada existencia tuve miedo. Sabía que si aquellos hombres eran criminales nos atacarían, y sabía también que era muy distinto luchar con ellos que con los indios.

Advertí á los míos el peligro probable que nos amenazaba, y les di orden de prepararse á combatir. Estaba resuelto á luchar hasta la muerte para destruir aquel nido de víboras, y resolví atacarlos.

En tanto las gentes del valle nos habían visto, y del campamento salieron dos caballeros, que lanzando sus caballos á escape, vinieron á nuestro encuentro. Entonces me tranquilicé: de ser criminales no hubieran enviado mensajeros.

Poco tardamos en saber que eran cazadores, dependientes de una Compañía americana que negociaba pieles, y que habían levantado su «campamento de verano» en aquel valle. En vez del temido combate nos esperaba el más cariñoso recibimiento. Aquellos honrados cazadores del desierto nos colmaron de atenciones; nos recibieron con los brazos abiertos, y dimos gracias á Dios que, apiadándose de nuestra miseria, nos deparaba tan agradable descanso.

Mes y medio había transcurrido del día en que abandonamos el Big Bleu River: nuestras fuerzas estaban agotadas, las mulas medio muertas: en aquel valle descansaríamos una semana gozando de absoluta seguridad, de comida abundante para nosotros, y de excelente hierba para las bestias: era casi la salud.

Mr. Thornston, el jefe del campamento, hombre inteligente y de esmerada educación, al saber que yo era jefe de la caravana, me favoreció con su amistad y me cedió su propia casa para que la habitara con Lillián, cuya salud estaba algo quebrantada.

Le hice guardar cama dos días. Estaba tan extenuada que durante las primeras veinticuatro horas apenas abrió los ojos. Y yo cuidaba que nada le faltara. Me senté junto á la cabecera de su lecho y pasé las noches velándola. A los dos días sintióse con fuerzas necesarias para salir, pero le impedí que hiciera trabajo alguno. También mis hombres todos pasaron los primeros días durmiendo á pierna suelta. Las penalidades, las fatigas pasadas habían agotado sus energías. Hasta que el reparador descanso se las hubo devuelto no nos ocupamos en remendar nuestros vestidos.

Aquellos intrépidos cazadores se complacían ayudándonos. Eran en su mayoría canadienses contratados por la Compañía. Durante el invierno cazaban castores, skunks y otros animales.

En verano levantaban su campamento en el valle que más les gustaba, y en él se hallaban aún quizás mejor que en los grandes talleres, y trabajaban y preparaban por un procedimiento especial las pieles, y luego organizaban convoyes y las enviaban hacia el Este. Aquellos hombres, contratados por determinado número de años, trabajaban con celo. Vivían en regiones salvajes donde abundan toda clase de animales y donde les amenazaba constantemente el peligro de ser atacados por los pieles rojas. Cierto es que

cobraban crecidos sueldos, pero muchos no trabajaban por el dinero, sino por amor á la vida del desierto, fecunda en aventuras.

Para tal oficio son preferidos hombres robustos, de salud inmejorable, capaces de vencer todo peligro y de sobrellevar todas las penalidades. Su alto talle, sus gorras de pieles y sus largas carabinas recordaban á Lillián los cuentos de Cooper. Excitaron su curiosidad y se complacía haciéndoles preguntas acerca de su vida y de las costumbres que regían en sus campamentos. En aquél reinaba la más rigurosa disciplina.

Thornston, el jefe de la Compañía, y á la vez su representante, mandaba á sus hombres á lo militar.

En una palabra, eran gentes muy honradas y amables.

También á ellos les complació nuestra caravana, y aseguraron no haber visto otra en que reinara tan excelente disciplina.

Thornston, en presencia de todos los míos, elogió mi idea de tomar el camino del Norte, en vez de el de San Luis y Kansas. Nos dijo que por el de San Luis una caravana de trescientos hombres, dirigidos por un aventurero llamado Marchwood, habían tras múltiples sufrimientos perdido todas las bestias de tiro, y luego sido vencidos y muertos por los indios arapahoes.

A los canadienses se lo contaron los ara-

pahoes, á quienes habían vencido en sangriento combate, cogiéndoles numerosas cabelleras, arrancadas junto con la piel del cráneo y, entre otras, la del infortunado Marchwood.

Estas noticias causaron á mis gentes profunda sensación; Smith, el viejo veterano, que antes se había opuesto tenazmente á que nos dirigiéramos á través del Nebraska, declaró en presencia de todos que mi experiencia superaba á la suya, y que necesitaba de mis consejos.

Durante la estancia en aquel hospitalario campamento, restauramos nuestras fuerzas asaz maltrechas por tanto sufrimiento. Y además de la íntima amistad que llegó á unirnos con Mr. Thornston, conocí á Mick, el célebre aventurero cuyos hechos le hicieron popular en todos los Estados de Norte América. Este hombre, que no era de los del campamento, había cruzado los desiertos acompañado de otros dos intrépidos exploradores, Lincoln y Kit Carson.

Hombres extraordinarios, los tres solos habían sostenido serios combates con numerosas tribus indias.

Su habilidad, su valor incomparable y la superioridad de sus armas, les habían dado siempre la victoria. El nombre de Mick (de cuyas aventuras se han publicado varias relaciones), era tan temido de los indios, que

daban á sus palabras más fuerza y valor que á un tratado con los Estados Unidos. El Gobierno se sirvió de sus excelentes oficios como mediador, y los premió nombrándole gobernador del Oregón.

Cuando le conocí tendría unos cincuenta años, pero su cabello era negro como el plumaje del cuervo, y su mirada altiva y bélica respiraba, sin embargo, bondad y ternura.

La fama pregonaba que era el hombre más fuerte de los Estados Unidos, de manera que el día que luchamos y le vencí, sus compañeros quedaron asombrados, pues fué aquella la única vez que otro hombre superó sus fuerzas.

Explorador de corazón generoso amaba mucho á Lillián, y se complacía elogiando sus virtudes y belleza. El día de nuestra marcha le regaló unas chinelas de piel de corzo, hechas por él. Oportuno fué el presente, pues ya no quedaban á mi esposa ni un par de zapatos buenos.

En fin, restauradas nuestras fuerzas y provisto de datos preciosos acerca los caminos que debíamos seguir y los que debíamos evitar, proseguimos el viaje.

Nos aprovisionamos de caza salada; más aún, el generoso Thornston se quedó con las peores de nuestras mulas, dándonos á cambio otras suyas fuertes y descansadas.

Mick, que conocía la California, nos contó maravillas de este delicioso país, de sus riquezas naturales y de su clima suave, de sus espléndidos bosques de encinas y de sus montañas más grandiosamente hermosas que cuantas se admiran en los Estados Unidos.

La alegría y las esperanzas lisonjeras se enseñorearon de nuestros corazones: ¡tan lejos estábamos de imaginar siquiera las desgracias que nos esperaban antes de pisar aquella tierra de promisión!

Al partir agitamos largo tiempo gorras y sombreros, dando á nuestros amigos y protectores nuestro postrer adiós.

Este día quedó indeleblemente grabado en mi corazón, porque después de la comida, mi Lillián, la estrella querida de mi existencia, acercándose sus labios al oído, ruborosa, temblando de emoción y hablando quedo me confió un secreto. Oí la feliz confianza, caí á sus piés y llorando de alegría le cubrí las manos de besos y de lágrimas.



#### CAPÍTULO OCTAVO

**A**LAS dos semanas de marcha, habíamos cruzado el Utah. Esta parte del viaje, aunque difícil, se hizo con mayor rapidez que las anteriores. Nos faltaba aún salvar la parte oriental de los montes Roqueños, donde se extiende el desfiladero llamado Wasatch Range. Dos caudalosos ríos, el Greem y el Great River, que al unirse forman el inmenso Colorado, y sus numerosos afluyentes, cortan las montañas por todos lados y dificultan el paso del viajero. Avanzando por donde podíamos llegamos, al cabo de algún tiempo, á Utah